

DE LA NATURALEZA de la POESÍA



"Dalí, a la edad de seis años, cuando pensaba que era una niña" / 1950 / Óleo sobre tela / 27 x 34 cm / Colección privada, Pound Ridge, N. Y.

Recibido: 03 - 03 - 2018

Aceptado: 15 - 04 - 2018

Víctor Bravo
Universidad de Los Andes
Facultad de Humanidades y Educación, Mérida, Venezuela
E-mail: comalameister@gmail.com

RESUMEN

Este artículo traza el camino de la poesía desde su origen que es la fisura entre mundo y lenguaje, y como se cristaliza como temblor y perdurabilidad. Temblor sobre la base del lenguaje, que asoma lo oculto debajo de la superficie, y perdurabilidad entendida como tentativa de continuidad en el mundo. Mediante esta bifurcación del discurso poético entre lenguaje y mundo, se estudian la ambigüedad y la aparente inutilidad de la poesía en la cotidianidad humana, para concluir, desde la necesidad de una educación estética, que sin la cual, la vida no tendría sentido.

Palabras clave: Poesía, Ambigüedad, Lenguaje, Mundo.

OF THE NATURE OF POETRY

ABSTRACT

This article traces the path of poetry from its origin, which is the fissure between world and language, and how it crystallizes as tremor and endurance. Trembling on the basis of language, which shows what is hidden beneath the surface, and endurance understood as an attempt of continuity in the world. Through this bifurcation of the poetic discourse between language and the world, the ambiguity and the apparent uselessness of poetry in human daily life are studied, to conclude, from the need for an aesthetic education, that without which, life would not make sense.

Keywords: Poetry, Ambiguity, Language, World.

Doble fondo

La fisura entre lenguaje y mundo, tal como ha sido descrita por lógicos y lingüistas, como Frege y Saussure, es lo que hace posible el brote de los imaginarios y, entre ellos, el más esencial: el imaginario de la poesía. Cual falla geológica, esa fisura exhala el breve temblor de la diferencia, el estremecimiento de la distanciaci3n: el lúcido desamparo de lo provisorio, a la par que el duro deseo de durar.

El lenguaje extiende sus redes causales y de presuposiciones, de deslindes y límites; y funda, sin cesar, horizontes de certezas para atender la emergencia de la comunicaci3n, la identidad de lo comprensivo. Para el logro de la certeza, el lenguaje tiene que someterse al interdicto de las presuposiciones y de las restricciones selectivas, a los muros protectores y tranquilizadores del sentido, al rigor de la gramática, al oscuro dictamen de lo real. En la firmeza de esos horizontes, el lenguaje hace posible la más inmediata de sus tareas: la comprensi3n, o una comprensi3n del acontecimiento, y la expectaci3n de la trascendencia, los linderos del sentido mismo de la vida. De allí la expresi3n de Nietzsche de que crearemos en Dios mientras creamos en la gramática.

Pero el lenguaje es una valija de doble fondo. Como el niño que levanta la gran alfombra del mar en el famoso cuadro de Dalí, podemos levantar la alfombra de certezas del lenguaje y descubrir impensables profundidades y multiplicidad de horizontes donde tienen su asiento otros mundos, donde los juegos de la ambigüedad y las aristas del sin sentido hacen brotar visiones, revelaciones, apariciones, y donde la paradoja es la condici3n abismal de lo innombrable. Mundos excluidos desde siempre por los interdictos de la certeza y la comunicaci3n.



La vida, en el más acá de esos límites del lenguaje, se hace moral, identitaria, previsible; se despliega en geometrías de poder, a distancia de una alteridad indomitable, en rituales de mandato y obediencia. Sumergido en la pequeña aventura del vivir, en la infinitud de ruidos de la existencia, con sus horarios y cegueras, imperceptiblemente atado por las redes reificadoras del orden y el acaecer, el hombre se aleja de la dimensión poética y, en una especie de inconsciente mutilación, avanza entre las formas oscuras e indiferentes de los seres y las cosas. Pero la poesía persiste en su permanencia, resguardada –podría decirse– por pequeños grupos de oficiantes y seguidores, revelando, para la mirada naciente, destellos de lo real o destrucción de la realidad en el acto mismo de creación de nuevos mundos. La poesía está allí, reducida quizá a pequeñas zonas, a pequeñas áreas de influencia, pero tenaz como la vida misma, creando las resonancias y la íntima comunión entre el ser y las transparencias y misterios del mundo.

La poesía y los fundamentos

La vieja aspiración, ya enunciada por Lautreamont, de que la poesía debe ser hecha por todos, aspiración que pareció posible en los primeros años de la utopía socialista, parece cancelarse ante las férreas leyes del poder y el mercado que distribuye roles y subordinaciones, muros de antivalores, imposibilidades para el acceso a la experiencia poética.

Si el lenguaje, en su cuadratura sobre el mundo, se transparenta para producir el milagro de lo inteligible, la expresión poética parece actuar de distintas maneras al hacer del lenguaje un espesor, una existencia en sí misma que replantea la posibilidad de la comunicación y la referencia. Poetas y críticos se han planteado de manera reiterada este hecho lingüístico del poema, para decir paradójicamente que la palabra poética no comunica, o comunica de una manera especial, distinta, profunda. Así por ejemplo, para I. A. Richard, “no importa lo que el poema dice sino lo que es”, “un poema no debe significar sino ser”. Sin duda que la famosa frase de Mallarmé, “los poemas no están hechos de ideas sino de palabras” abre una reflexividad sobre el “ser” de la poesía como dominante frente a la función comunicativa. Podríamos citar poetas y teóricos que regresan sobre una intuición central: el lenguaje comunicativo refiere fenómenos en el acaecer del mundo; la poesía y, con ella muchas formas del lenguaje reflexivo, expresan por medio del fenómeno lo que Heidegger llamó la experiencia de los fundamentos.



1 También en El señor de los tristes y otros ensayos (Bravo, 2006. Pág. 97)

Es posible, como la niña en la pintura de Dalí, levantar la alfombra del mar y del lenguaje, para hacer de la mirada un instante de vértigo, visión, intuición representación; es posible, en ese acto, “despertar del sueño dogmático”, según la expresión kantiana e imaginar, como una de las intuiciones fundamentales del hombre de la modernidad, la experiencia de la libertad. Ese acto es una distanciaci3n del mundo que funda una visi3n capaz de ver lo incongruente y lo heterogéneo donde los demás ven homogeneidades. Esa visi3n fue llamada ir3nica por los románticos e identificada con la visi3n poética. Hoy podríamos decir, que es la conciencia crítica la que nos distancia de lo asertivo y la fijeza y nos lleva a asumir el mundo en términos de provisionalidad y precariedad por medio de la duda y la pregunta, de la ambigüedad y la interrogaci3n sobre los fundamentos. Pero en uno de sus arcos paradójales la poesía que es distanciaci3n, también es comuni3n: dotada para nombrar a la vez lo visible e invisible, lo nombrable y lo innombrable, la poesía despliega, en olas del silencio, redes de afiebrada intimidad con el mundo, con la transparencia del mundo y de la vida, donde se instala a plenitud el amor por el otro, y donde, como el más grande de los acontecimientos, se produce el nacimiento de la música, música del corazón y de las esferas, que compite con la luz para dar brillo al universo, y que justifica la existencia misma, pues, es posible decir en palabras de Nietzsche que si la música no existiera el mundo sería un error. La música es uno de los centros de la belleza del poema; la poesía hace de la música ritmo y armonía, danza imaginaria, cuerpos en levedad; música que se desprende como fruto maduro de la repetic3n, de lo que Jakobson llamaba paralelismos, pues en la repetic3n se aloja a la vez el cielo y el infierno, la divinidad y la monstruosidad, extremos de todo lo que vive.



La utilidad y la poesía

En la alta mar de la ambigüedad del lenguaje el poeta intuye, como se puede intuir por un instante respecto a la vida, la gratuidad y la inutilidad de la poesía. La poesía no es útil como lo pueden ser los objetos del mundo nombrados por la certeza del lenguaje. Ni siquiera el mercado del libro ha logrado cercar la poesía en las redes de la utilidad. Los libros de poemas circulan por los bordes del mercado, persistiendo en su franja inútil, tan inútil quizás como la vida, a lo largo de los tiempos y las culturas. Un poema no podrá compararse jamás, por ejemplo, con un tornillo, cuya existencia está llena de utilidad. La génesis y la razón del poema –y, quizás, de la vida- habría que buscarla en otro lugar, en otro ámbito, en otra vertiente. Es sabido que la poesía deriva del canto a los dioses, como también del conjuro y de la plegaria, de allí la expresión de Saint John Perse: “cuando las religiones se derrumban la poesía es el refugio de lo divino”. Ha sido intuición de muchos poetas que poesía y sueño comparten la misma gramática y el poder metamórfico de la metáfora; por lo que el lenguaje de las pasiones es lenguaje metafórico que despliega el genio de la metamorfosis.

Cuando el poema nombra el mundo y la vida, intuimos que se produce la conversión del fenómeno en esencia, haciendo de lo contingente, presencia y persistencia. Si, como diría Huidobro, la vida se contempla en el olvido, por arte de la poesía, esa huella de lenguaje, la vida se hace memoria esencial. Si el olvido es disolución, la memoria es esencia (Freud reconocía que en el inconsciente nunca olvidamos) y así vida y poesía en la más intensa fuerza cósmica del vivir, lo que Eluard llamaba el duro deseo de durar. En esa intensa e íntima conversión deseamos nombrar en el poema lo que enardece o hiere nuestra interioridad pasional, lo intensamente vivido, la visión entre las cegueras del mundo, los enigmas que no son sino un solo enigma, el secreto que funda ámbitos de intimidad, y en el acto de nombrar en el poema, alcanzar alguna forma de estremecimiento. En este acontecimiento del nombrar que nos da la poesía, nos desplazamos de la experiencia de la belleza a una experiencia de la verdad. Heidegger ha señalado que el arte es “desocultamiento de la verdad” y nos ha hecho ver en el corazón del arte, junto a la belleza, la fuerza visionaria que la verdad entraña. Porque ésta, la verdad, condicionada por los interdictos y el poder, vive de mostrar su punta de iceberg y de ocultarse. El arte y la literatura celebratorios, en la tradición clásica, celebran la visibilidad de la verdad; el arte y la literatura que a partir de la modernidad festejan en primer lugar la soberanía estética, producen el espectacular desocultamiento de la verdad, haciendo de arte y literatura no solamente experiencia estética sino también forma de conocimiento. El arte y la literatura como expresiones de la conciencia crítica. Este poder de la poesía la hace, como diría Hölderlin, el más peligroso de los menesteres, y por ello los poetas son expulsados de la República y, con la lámpara de Diógenes de la poesía, estos exiliados exploran desde entonces los territorios del afuera, la naturaleza del mal y el abismo del sin sentido, y las figuras inversas de la plenitud y la carencia, y frente al imperativo de Horacio de enseñar deleitando, derivan en parias, en malditos frente al punto medio aristotélico, como planteaba William Blake, hacen de la exuberancia, belleza. De este modo la estela dejada por Lautreamont y Baudelaire, por Mallarmé y Rimbaud, funda un jardín para las flores del mal, la feroz conciencia crítica frente al orden, el sentido y sus valores.

La educación estética

Schiller, en sus “Cartas para la educación estética del hombre” (1790), imaginaba a un lector para este tipo de poesía; modernamente, Benjamín, en su ensayo “Experiencia y pobreza” imagina la riqueza estética, abierta, como la puerta “ante la ley”, el brevísimo relato de Kafka, pero imposible de atravesar y hacer suya por la limitación de la ceguera de la percepción. Nos hacemos de nuevo la pregunta: ¿Hay lectores para la poesía de la belleza y de la verdad? ¿Será éste un especialista o la poesía será finalmente leída y escrita por todos? Solo una nación de ciudadanos y de contención del poder podrá multiplicar los lectores de la poesía moderna, aquella que se aleja de toda celebración del poder y se instala en el centro de la conciencia crítica.

En la alta mar de la ambigüedad del lenguaje los poetas han celebrado al príncipe y la corte, pero también a la belleza, y por ese canto sabemos de las virtudes del héroe con sangre real, de la estirpe de princesas que por ser tales, son capaces de detectar el más mínimo objeto en el lecho ofrecido por el anfitrión; por ese canto sabemos de la más intensa de las idealizaciones, la imaginación órfica, que se transfigura en gestos de perfecta danza desde Eurídice a Sophia o Beatriz, hasta la Elena del poeta venezolano Juan Sánchez Peláez²; por ese canto el mulo revierte su caída en el abismo y Altazor³ sustituye el paracaídas por parasubidas; por ella nombrar es crear, o como diría Lezama, sustantivar lo invisible; por ella es posible escuchar las voces de los dos abuelos, trazar la silueta mágica del sensemayá y celebrar la boca santa del negro bembón; por ese canto es posible afirmar la vida y correr hasta el sol y estar con él, muy alto entre unas telas rojas; hacer del corazón, como en Hanni Ossott, un temblor preguntando por las palabras, hacer del poema el habitar, según Alejandro Oliveros, nombrar la plenitud de los árboles o de la infancia, como en Montejo; y repartir, como el pan, la dignidad entre las cosas de la cotidianidad, por arte de la poesía, como en Rafael Arráiz Lucca, o escribir como si dictaran de una página ya escrita, según Bécquer, retomado por Armando Rojas Guardia: “Espero el poema atisbando su llegada/ en el ápice mismo donde cruje/ y levanta las alas”.



² Poema “Elena y los elementos”

³ Vicente Huidobro, “Altazor” (2018)

Irreverencia y poesía

Pero entre todas las estirpes de poetas que en el mundo han sido, Homero, muchas veces celebratorio de los dioses, no obstante funda la estirpe de los excesivos, de los transgresores, los irreverentes, los que se atreven a situarse en el afuera. Homero, cantor de Hefesto y de la risa de los dioses; cantor de Ulises, caro en ardid, engañador de dioses; el primero de una estirpe donde podemos reconocer a los poetas malditos y –entre nosotros– a César Vallejo, a José Antonio Ramos Sucre: cantores del lado oscuro, del mal como liberación, poetas de la soledad y el silencio, y de los límites del decir, como en Rafael Cadenas, de la carencia y de la aridez como en Luís Alberto Crespo, del asumir la conciencia como una herida, tal como dice Esdras Parra: “He caminado sobre cenizas de silencio/ La claridad me ha evadido/ tropiezo con la claridad/ La claridad se enreda en mis talones”.

La claridad del mundo brota del enigma del poema que es también enigma del mundo. Es posible entonces modificar la frase de Nietzsche, y decir: si la poesía no existiera, la vida sería un error.

REFERENCIAS

Bravo, V. (2006). EL señor de los tristes y otros ensayos. Caracas: Monte Ávila Editores.

Dalí, S. (s.f.). <https://www.salvador-dali.org>. Recuperado el 08 de 02 de 2018, de <https://www.salvador-dali.org/es/obra/catalogo-razonado-pinturas/obra/653/dali-a-la-edad-de-seis-anos-cuando-pensaba-que-era-una-nina-levantando-la-piel-del-agua-para-ver-un-perro-durmiendo-a-la-sombra-del-mar>

Huidobro, V. (2018). Altazor o el viaje en paracaídas. Caracas: Monte Ávila Editores.

Schiller, F. (s.f.). Cartas sobre la educación estética del hombre. Recuperado el 01 de 02 de 2018, de http://bdigital.uncu.edu.ar: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/7709/schiller-con-tapas.pdf